

LA PASIÓN DE LEER DE PEDRO LAÍN

Por Antonio Villanueva,

director del Seminario Permanente de Investigación Lainiana

El librito que tiene ahora el lector en sus manos contiene el discurso de Pedro Laín titulado “El libro como fiesta” que el sabio de Urrea de Gaén pronunció en el Instituto de España, el 23 de abril de 1955, con motivo de la Fiesta Nacional del Libro Español.

El académico Laín solía recibir encargos de este tipo, a medio camino entre la encomienda y la distinción honorífica, como personalidad destacadísima que era de la vida cultural española. No sería, pues, la primera ni la última vez que don Pedro, intelectual de prestigio requerido en uno y mil foros, tenía que hacer frente al respetable con un discurso de ocasión, pero sí que podemos decir que, por su temática -el gozo del libro y la lectura-, es seguro que el prepararlo no debió de serle muy gravoso y que lo hizo con entusiasmo.

La lectura fue su pasión, una pasión de la que nunca abjuró. Él mismo decía, en *Descargo de conciencia*, que no había sido investigador de archivos, sino lector infatigable de libros. De manera que el libro vino a ser para él como el aire que respiramos: biología y amistad.

¿Por qué reeditar ahora este texto lainiano que no es ni de cerca el mejor ni el más conocido ni siquiera el más accesible? Pues simplemente porque, en este año de 2005, sí que es el más oportuno de sus escritos para la reedición y el que mejor se adapta a lo que, con nuestras magras fuerzas, podemos hacer en el Seminario Permanente de Investigación Lainiana (S.P.I.L.). Las cosas son como son y vivimos en el país que vivimos.

No voy a contar ahora las mil y una penurias de quienes nos dedicamos a esto de la cultura en un mundo en el que domina el mercadeo. Simplemente constato que, para nosotros, que trabajamos en una comarca olvidada de una provincia olvidada, con más tesón que medios y con entusiasmo a prueba de bomba, el poder presentar una cosita lainiana tan sencilla y tan humilde como este libro es de suyo todo un éxito. Como diría Laín: el resultado de una empresa. Y como deseamos los miembros del S.P.I.L.: tan solo el inicio de una andadura, de un camino que esperamos largo y fructífero.

Es lo cierto que la magia de las fechas ha querido conjurarse a nuestro favor, por aquello de ayudar en su juego a los humildes. Y es que, en este año de 2005, se cumple un triple aniversario (¡vaya carambola!) que justifica nuestro intento re-editor: en primer lugar, hace ahora cincuenta años que don Pedro, con su habitual decir pausado, profesoral y sabio, pronunció el discurso que reproducimos, “El libro como fiesta”, en Madrid; después, y más importante, sucede que en 2005 celebramos el cuarto centenario de la publicación del *Quijote*, libro máximo de las letras hispánicas, admiradísimo por Laín, que dedicó a la obra y a su autor más de un artículo a lo largo de su dilatada trayectoria intelectual; por si fuera poco, la Fiesta del Libro se celebra anualmente en

España e Hispanoamérica el 23 de abril, precisamente en señal de respeto hacia Cervantes, fallecido ese mismo día y mes del año de 1616.

En fin, todo este cúmulo de coincidencias, además de la condición de “empresa abordable” (desgraciadamente, en el S.P.I.L. no podemos todavía proponernos tareas de más calado), fue el que nos decidió a poner manos a la obra y reeditar el folleto que sigue, a modo de homenaje conjunto y emocionado a los dos inmortales: a don Pedro Laín y a don Miguel de Cervantes.

Nuestra primera idea en el S.P.I.L. fue la de tener lista la reedición para el 23 de abril de 2005, con motivo de la celebración del Día del Libro. No pudo ser. Las cuestiones de edición, derechos de autor e imprenta nos han hecho demorarnos más de lo que hubiésemos querido. El libro no ha podido estar listo hasta el 9 de junio. Aunque, por otra parte, esa segunda fecha es también un desquite, porque la correspondiente al año de 1955 es la que figura como data de fin de impresión en la edición original. Como en el refrán podemos decir, pues, que “Todos los santos tienen octava” y si bien no llegamos a tiempo a la conmemoración de abril, nos consolamos con la coincidencia de esta segunda fecha de junio, veraniega y luminosa.



Quede, pues, explicada esta conmemoración y vayamos ahora a otro asunto de más enjundia, cual es el contenido del texto lainiano.

Se trata, como decía antes, de un discurso de ocasión, solicitado al catedrático Laín, muy acostumbrado por entonces a recibir encargos de este tipo. Como título de su parlamento elige él un juego de palabras, dándole la vuelta a la efemérides, pues que trueca la “Fiesta del libro” -el libro festejado-, en el libro “como fiesta”: el libro festejante.

El encuadre manifiesta desde el principio la característica “manera lainiana” en la escritura: sensibilidad lingüística, agudeza, erudición inagotable y una capacidad de análisis casi diseccionadora que el médico Laín ni quiere ni sabe evitar. El estilo lainiano es una desbrozadora analítica que va poniendo las partes del todo a un lado y a otro, abriendo un camino que solo cierra la síntesis final. Es lo que hace aquí don Pedro, una vez más, con su prosa repulida y limpia, forjada en el crisol de la alta cultura libresca, en la que siempre cabe una cita más, una autoridad más.

El resultado de esa “manera”, hay que decirlo, es una prosa densa que no resulta siempre fácil; un decir cuidadoso y pulquérrimo como se encuentran pocos en las letras españolas, aunque con ciertos dejes retóricos que no han envejecido bien; y un pensamiento absolutamente claro, que es lo mejor de todo. Don Pedro es un intelectual que pone luz en cada tema que trata. Una mente poderosa que todo lo penetra a fuerza de considerandos. Reclama, eso sí, lectura reflexiva, demorada, para seguir el hilo de su argumentación, siempre ponderada.

En el desarrollo de su discurso, se plantea don Pedro las necesidades del libro español, falto de panegírico y pregón de venta, y se propone festejarlo como merece.

Recuerda a Cervantes, quien distinguía expresivamente entre “libros diamantes” y “libros buñuelos”, siendo los primeros, claro está, gozos para el espíritu y ocasión festiva, al contrario de los segundos que, como hoy diríamos, algunos autores hacen “como churros”, sin merecer otra cosa que el fuego del olvido.

Reflexiona después sobre el sentido de la fiesta, que no debe ser mera vacación, pues conduciría a lo que Quevedo llama el “deshombrecimiento”, sino que ha de tener algo de conversión, de celebración de vida e intensidad. La fiesta, para ser auténtica, debe aportarle al hombre más que holganza. Plenifica la vida y es una ocasión, una oportunidad que podemos utilizar, pues en la fiesta nos vemos liberados de las servidumbres del trabajo diario, si bien a cambio ella nos pide que la usemos en sentido productivo o creativo.

Lo que sigue, como no podía ser de otra manera, es el establecimiento de las condiciones para que el libro sea verdaderamente festivo, frutivo para el lector, entre ellas: el papel, la impresión, la cubierta, la encuadernación y, por supuesto, el contenido. Si el libro cumple con todo, la lectura es acción sobre el espíritu en, al menos, tres dimensiones: diversión, convivencia y perfección. Leer un buen libro es, a la vez, entretenimiento, diálogo con autores y personajes, camino de autoperfección.

El libro nos divierte porque nos presenta un modo de vida sugestivo y nos entretiene. Y no solo eso: leyendo nos “divertimos” también en el sentido etimológico de “hacernos otros”. Identificados con los protagonistas de la historia, dejamos nuestras vidas para vivir las de los personajes.

El libro es convivencial porque es puente entre autor y lector; el autor necesita a sus lectores, los busca como confidentes, igual que presenta ante ellos sus credenciales de autojustificación cuando cuenta su vida en una obra biográfica. Laín, filósofo de la relacionalidad humana, no podía obviar el encuentro autor/lector a través del libro. Para él, el fundamento del encuentro es el amor. El aislamiento le parece *contra natura*. El hombre tiene carácter comunitario. Como ser contingente, está sediento de plenitud. Por eso busca el vínculo y el reconocimiento del “tú”. Porque es frágil (*ens indigens*), se abre a la experiencia de la “nostridad”. Necesita vivenciar el “nosotros”, la relación interpersonal. Pero al tiempo, se ofrece para la donación (*ens offerens*), ya que sólo en ella se plenifica. Ser con el otro, reconocerlo como irremplazable, nos ayuda a encontrarnos a nosotros mismos. La tarea humana fundamental es plenificar el propio ser con la ayuda de los demás. La apertura al prójimo es el camino hacia nosotros mismos. Y la lectura es un excelente medio de comprensión del otro y, al tiempo, de introspección.

El buen libro también nos perfecciona porque enriquece nuestro espíritu y nos transmuta imaginariamente. Tiene a la vez algo de autoafirmación, de rectificación y de catarsis (depuración). Él nos omnifica y autentifica, enmendándonos a nosotros mismos. La lectura nos re-crea, nos reinventa y perfecciona.

Termina su discurso don Pedro pidiendo mejoras en la distribución y producción librescas. Quiere que se difunda el libro español por Hispanoamérica mediante la cooperación de autores, editores y administración. Y que se traduzca al castellano todo lo importante. Se queja de la enfermedad que él llama “alegismo” -el tozudo negarse a

leer del castizo, neologismo con prefijo negativo (*a-*) creado a partir de vocablos como *alexía* o *analfabetismo-* y reclama más bibliotecas públicas.

Aunque la difusión del libro no sea todo lo perfecta que debiera –concluye-, éste, cuando bueno, es verdadera fiesta que absorbe al lector sentado en su sillón.



La lectura fue una constante en la vida de Laín. De ella trató en varios escritos y trabajos más, aparte del comentado. Por ejemplo, en su discurso “Notas para una teoría de la lectura”, pronunciado tres años antes que “El libro como fiesta”, en la Real Academia de Medicina de Madrid, también un 23 de abril, Día del Libro. Allí repasa don Pedro la definición de “lectura” que ofrece el diccionario y observa que es pobre, porque se limita al acto de recorrer con los ojos lo escrito, sin ocuparse de la comprensión lectora, que es capital, ni de otras formas lectivas, como la táctil de los ciegos.

Para Laín, “leer es entender”, un silencioso coloquio entre autor y lector que permite incluso conversar con los antiguos. En palabras de Descartes: “La lectura es una conversación con los hombres más ilustres de los siglos pasados”. A su biógrafa María Rosario de Parada le dice don Pedro: “Leer un libro es, en efecto, una incalculable aventura personal, un lance cuyo término depende a la vez de lo que el autor nos va diciendo y de lo que el autor nos va diciendo y de lo que nosotros respondemos a su llamado decir”.

Laín se apropia del decir de Quevedo, “vivo en conversación con los difuntos / y escucho con los ojos a los muertos”. Ese “escuchar con los ojos” es sustantivo en la lectura comprensiva, distinta de la mecánica o repetitiva, que se hace en voz alta o baja, pero no cala para adentro. Leer es re-crear, volver a crear el texto y también a nosotros mismos, rectificándonos tras el acto lector. Leer rejuvenece. Nos permite saltar tiempo y espacio, facilitando el diálogo con los ausentes. Entrar en los arcanos de Utopía y Ucronía. En el “Prólogo confidencial” que pone al frente de sus obras teatrales en *Tan solo hombres. Cuatro dramas* (1991), afirma: “La verdad es que, pasada la infancia, apenas hay lectura que no sea a la vez coloquio y emulación, abrazo y esgrima”.

Laín llega a decir, en “Notas para una teoría de la lectura”, que ser cristiano en sentido pleno exige la palabra y, por tanto, la lectura. Hasta tal punto la consideraba. Sus ideas sobre el acto de leer son avanzadas y lo considera base de cualquier aprendizaje. Él, que fue enseñante toda la vida, pedía a sus alumnos más y más lecturas. Les exigía también que escribieran con corrección. Consideraba que el lector ideal era el joven, porque para leer hay que ser flexible, proyectarse, y sólo el individuo juvenil es capaz de comenzar de nuevo, de decir eternamente “voy a ser” o “quiero ser”.

Según Laín, vivir es proyectar, querer ser algo. Hay en él un optimista que rechaza la angustia existencial a lo Sartre. El sabio de Urrea de Gaén fue un vitalista, un filósofo de la esperanza. Siempre tenía proyectos, quería hacer. Para él, el hombre es un adolescente eterno y la lectura le estimula a ser otro, a comenzar otra vez. Leer, como vivir, es un acto de relación, de descubrimiento del otro. El proyecto como *élan vital* o

impulso de vida y la relación con los demás son las bases del pensamiento lainiano. Autoconstructivismo y socialización.

Lain hace suyas las palabras de Montesquieu: “El estudio ha sido para mí el remedio soberano contra los disgustos, no habiendo sufrido jamás pena que una hora de lectura no haya aliviado”.

Don Pedro quería que sus alumnos leyeran, que interactuaran con los textos. Para él era una forma de ensanchar los límites del mundo, una fuente de la eterna juventud. Mientras me proyecto (en la lectura), me mantengo joven, parecía pensar.

Leo, luego existo.

Escritor prolífico y lector voraz, la lectura lo apasionaba, no solo como práctica, sino por sus posibilidades para la reflexión teórica y por su beneficencia constitutiva. Si, según él pensaba, el hombre es *animal morale*, capaz de actuar “con propósito de beneficencia (...) o con intención de maleficencia”, como dice en *Qué es el hombre* (1999), la lectura le ayudará a dirigirse hacia el bien.

Aún volvería sobre el asunto en otro libro, que tituló muy bellamente *La aventura de leer*. La primera edición salió en la colección Austral de Espasa-Calpe en 1956 y la segunda, en 1964. El volumen incluye los dos discursos que he comentado aquí, “Notas para una teoría de la lectura” y “El libro como fiesta”, más otros artículos y ensayos relativos a la cuestión. En la “Nota preliminar” que inaugura el volumen, explica el título en el sentido de que el libro contiene una serie de reacciones personales suyas ante distintas aventuras lectivas: las obras de Quevedo y Calderón, el *Don Juan*, *El coloquio de los perros* cervantino, la revista de humor *La Codorniz*, la novela policiaca...

Para Lain, leer fue una aventura continuada, un encuentro con los otros que él afrontó con la misma cristiana disposición que reclamaba para la relación médico/enfermo, sobre la que tanto escribió: con caridad. Es la caridad la que preside el encuentro con los otros. Entendida como “amor constante” —porque consta y es manifiesta—, ella es donación efusiva, creencia en el otro, entrega generosa a los demás. Ella nos plenifica, calma nuestra sed, nuestra ansia de comunión. En la caridad, el hombre remonta su contingencia, aproximándose al absoluto y religándose a Dios.

Lain afrontó la tarea de leer con ese ánimo bondadoso y perfectivo que puso en todas las cosas. Para él, la lectura fue también un acto de comprensión del otro y de mejora de sí mismo. Una acción de caridad, de donación efusiva y de encuentro.



Tras estos comentarios sobre la pasión de leer de Pedro Lain, no me queda más que expresar mi agradecimiento a quienes han hecho posible que este librito fuera realidad: los familiares de don Pedro, siempre ayudadores; la Biblioteca de Aragón y su director gerente, Ramón Sabaté, y el bibliotecario José Ramón Villanueva, soporte de tantas causas culturales; y naturalmente, mis compañeros del S.P.I.L., donde están

representadas las alcaldías de Híjar, Albalate del Arzobispo y Urrea de Gaén, la comarca del Bajo Martín, el Centro de Estudios del Bajo Martín y el I.E.S. *Pedro Laín Entralgo*, de Híjar.

A todos ellos, gracias.

Creo que vamos por buen camino entendiendo que Pedro Laín es parte importante de nuestro patrimonio cultural. Él siempre se enorgulleció de su tierra y no debemos dejarlo en el olvido.